

El uso de este artefacto mental es el siguiente: vanse colocando imaginariamente en los lugares expresados las imágenes de las voces ó cosas que se quiere depositar en la memoria, empezando por el hemisferio inferior. Si las voces ó cosas que se quiere memorar no pasan el número de cincuenta, basta usar de los *predicamentos*, sin llegar á las *categorías*; esto es, basta colocar cinco imágenes en cada *transcendente* ó *cuadra*, una en cada ángulo y otra en el centro; porque siendo diez los transcendentales de los hemisferios, con cinco en cada uno se absuelve el número quincuagenario. Mas si se excediere de ese número, son menester más imágenes, y por consiguiente, más lugares donde acomodarlas. Pongamos que son ciento y cincuenta las voces ó cosas; en este caso se usa, demás de la imagen principal de cada predicamento, á quien llaman primera categoría, de otras dos en cada uno, poniendo una en la cabeza de la imagen principal, y otra á los piés, que es lo mismo que usar de la segunda y tercera categoría, llamadas *cenit* y *nadir*. Vienen á tocar de este modo á cada transcendente quince imágenes, y á todos diez transcendentales ciento y cincuenta. Si pasaren de este número las voces ó cosas, se añadirán en cada predicamento más categorías. Y porque puede suceder ser el número tan grande, que no basten todas siete categorías, se previene, que el que se quiere dar á la práctica de este arte, no tenga una esfera sola, sino dos ó tres ó más. Fuera de que, para otro efecto es menester tener muchas esferas; conviene á saber, unas para conservar en ellas permanentemente estampado lo que se quiere retener por mucho tiempo ó siempre en la memoria; otras para el uso transitorio de repetir luego por ostentación algún número considerable de voces que se han dado para prueba. En las primeras ha de repetir la imaginación la inspección de las mismas imágenes, para que nunca se borren. En las segundas, al contrario, se han de borrar, después de aquel uso pasajero, las imágenes estampadas, para que los mismos lugares sirvan á colocar otras cuando se quiera, lo cual se logra no pensando más en ellas, con que vienen á olvidarse.

Quiéren los maestros del arte, que el edificio que llaman *esfera* sea, si pudiere hallarse, realmente existente; porque aunque en defecto de éste, puede usarse de uno puramente

fabricado por la imaginación, aquel es mucho más cómodo; porque mediante la repetida inspección ocular de él, se estampa acá dentro una especie suya mucho más clara, lo que conduce para que las imágenes colocadas se ofrezcan á la mente con más viveza.

Adviértase, que la disposición de lugares, mediante la esfera ó edificio de dos altos, dividido cada uno en cinco cuadras, no es absolutamente necesaria, pues se puede usar de otras diferentes, á arbitrio de cada uno. Pongo por ejemplo, se podrá destinar al mismo fin un gran templo, en cuyas bóvedas, columnas, capillas, altares y estatuas, se pueden colocar mayor cantidad de imágenes que en la esfera propuesta; pues en los varios miembros de cada estatua se pueden poner distintas imágenes. Y puede usarse, no sólo de un templo, sino de cuatro, cinco ó más. Del mismo modo puede servir un pedazo de territorio compuesto de montes, llanos, varias heredades, muchas casas, etc., que todo se registre de un sitio, y á este tenor otros cualesquiera complejos materiales divisibles en muchas partes. Cuéntase que Pedro de Rávena, que fué de los más famosos en el uso del arte de la memoria, ó lo cuenta él mismo, que tenía ciento y diez mil lugares donde colocar las imágenes, lo que yo apenas puedo creer.

Sea ésta ó aquella la disposición y variedad de lugares, se recomiendan como esencialísimas cuatro cosas. La primera, que se registre muchas veces con la vista aquel todo material, cuyas partes han de servir de lugares. La segunda, que la imaginativa, con un largo ejercicio, se los familiarice de modo, que cuando quiera se los haga presentes con tal claridad, que en alguna manera la presencia imaginaria equivalga á la física. La tercera, que á los lugares se dé orden numérico de primero, segundo, etc. La cuarta, que con una larga aplicación adquiriera la facilidad de llevar prontamente la imaginación á cualquiera ó cualesquiera número de los lugares. Esta última diligencia sólo parece precisa para cuando, al que posee el arte de memoria, se le pida que repita voces, versos ó sentencias con tal ó tal orden, que determine el que quiere hacer la prueba. Son, pongo por ejemplo, cien voces las que ha de repetir. Pídenle que no sólo las repita según el orden en que se le han dicho ó leído, sino, ó salteadas, ya

uniformemente, como de tercera en tercera, ya diformemente como de primera á cuarta, á décima, á décimanona, etc., ó con orden inverso, empezando en la última y acabando en la primera, ó empezando en alguna intermedia, como en la septuagésimaquinta, y de allí, procediendo, ya con orden directo, ya retrógrado, ya salteando, ya sin saltear.

Puestas todas estas disposiciones, cuando llega el caso de mandar á la memoria alguna serie de voces ú objetos, se van colocando por su orden las imágenes representativas de ellos en los lugares preparados. Esto llaman escribir mentalmente. Y después para repetir de memoria, con remirar por el mismo orden aquellos lugares, se van hallando en ellos las imágenes puestas; lo que viene á ser leer mentalmente, y por las imágenes se viene en conocimiento de las voces ú objetos.

Dase aquí el nombre de *imagen* á todo aquello que es capaz de excitar la idea de lo que se quiere recordar, ó sea por identidad, ó por semejanza, ó por analogía, ó por simbolización, etc. Se usa de la identidad cuando lo que se quiere recordar es algún objeto material visible y conocido; y de los otros medios, cuando al objeto falta alguna de aquellas circunstancias. Pongo por ejemplo: quiero acordarme de veinte hombres, conocidos míos, que se hallan juntos en un banquete. Aquí uso de la identidad, poniéndolos á ellos mismos (esto es, la idea propia de ellos), Juan, Francisco, Pedro, etc., en los lugares preparados. Pero si me diesen los nombres de muchos hombres, que no conozco, usaré de la semejanza, poniendo en los lugares otros de los mismos nombres, que conozco. Si me diesen cosas inmateriales, como una larga serie de virtudes, pondría en los lugares algunos símbolos de ellas, ó cosas materiales, que me exciten su idea, como por la *Fe*, una mujer con un velo en los ojos; por la *Fortaleza* un Sansón, ó un Hércules despedazando á un león.

Pero aquí ocurre una gravísima dificultad, de que los señores maestros de el arte en ninguna manera se hacen cargo. Convengo en que no hay ente ú objeto alguno, ni visible, ni invisible, ni conocido, ni incógnito, ni espiritual, ni corpóreo, cuya memoria no se pueda excitar mediante alguna imagen material. Pero pregunto: ¿estas imágenes se han de tener prevenidas de antemano en la mente para todo aquello que ocurra mandar á la memoria, ó se han de inventar de pronto,

según se fueren proponiendo varias voces ú objetos? Siendo indispensable lo uno á lo otro, afirmo, que habrá poquísimos hombres en el mundo á quienes no sea uno y otro imposible. Para lo primero, es menester formarse un tesoro inmenso de imágenes; esto es, congregar tantas, cuantos entes distintos hay en el mundo, y tenerlas todas presentísimas para cuando llegue la ocasión. Más: es menester tener imágenes representativas de todos los verbos, con todas las variaciones de tiempos; de todas las dicciones gramaticales, como pronombres, preposiciones, conjunciones, adverbios, etc. Y aun no basta todo esto, pues ninguna de todas esas imágenes pueden servir para cuando quieran probar al que posee el arte de memoria, con muchas voces, formadas á arbitrio, bárbaras ó no significativas. Para lo segundo se requiere un discurso de prontísima inventiva y extrema agilidad, cual en ninguno ó rarísimo hombre se hallará.

Agrávase en uno y otro la dificultad con la advertencia que hacen los maestros de el arte, que para que se logre el fin no bastan cualesquiera imágenes de especial energía y viveza, para que hagan impresión fuerte en la imaginativa; y así, quieren que se representen con alguna acción, que dé golpe en la mente. Pongo por ejemplo: para recordar este objeto *cuchillo*, no bastará colocar su imagen sola en el lugar correspondiente, sino circunstanciada y puesta en acción, de modo, que haga impresión viva en el cerebro. Verbi-gracia, se pondrá en el lugar un hombre, que á otro está hendiendo la cabeza con un cuchillo. Digo, que este precepto aumenta mucho la dificultad, que tiene, así la congregación previa de tantos millares de imágenes, como la repentina invención de ellas. Yo me imagino, que á algunos se acabará la vida antes que logren todo el aparejo necesario de lugares é imágenes.

Pero demos ya vencida esta gravísima dificultad. Aún resta otra muy grande, que es traer á la memoria toda la serie de imágenes, que se han colocado en los lugares, cuando éstas son muchas. Convengo por ahora en que este artefacto mental auxilie algo la memoria, y que sea mucho más fácil recordar las voces ó los objetos por medio de las imágenes formadas y distribuidas en el modo dicho, que sin ellas. Pero no veo cómo quien no puede recordar diez voces, que acaban de leerle, parando la mente en las mismas voces, pueda recor-

dar doscientas imágenes representativas de doscientas voces ó de doscientos objetos.

Confirmarán, ó harán más sensible todo lo que llevo reflexionado, dos ejemplos, de que usan, así el conde de Nolegar como don Juan Velázquez, para enseñar la práctica de el arte. El primero se propone en esta copla:

Fénix divina
de tan bellas alas,
humilde y piadosa
al cielo te ensalzas.

Oigamos ahora al conde de Nolegar aplicar las reglas del arte para recordar esta copla.

«Para el verso primero (dice) de esta copla, se pondrá en el primer predicamento de la esfera, entrando á la derecha, el ave fénix, y en la cabeza se le pondrá una tiara ú otra cosa de la Iglesia, pues para material no se puede aplicar otra cosa á la dición *divina*; y se hará con esta y demás imágenes una ó dos reflexiones, como preguntándose á sí mismo lo que significa un fénix, que tenga una tiara en la cabeza, y refiriendo entre sí *fénix divina, fénix divina*; y se pasará al segundo predicamento de la mano izquierda para el segundo verso, y se podrá poner un tambor con una vara ó palillo, con que se toca, y esta vara ó palillo explicará la palabra *de* ú otra cualquiera, que sirva en algún abecedario, porque ésta es solamente cuestión de nombre, adecuado al uso de nuestro común conocimiento; pero como esto de imágenes á ninguno se le debe mostrar (quiere decir, que cada uno puede elegir las que quisiere), por esto no será ocasión de argüir si son adecuadas al conocimiento físico, ó no; y si los filósofos quieren tomar el negro por el colorado, y el azul por verde, lo podrán hacer con gran facilidad, y no encontrarán de este modo opositores, aunque se imaginen el papel por madera, y el hierro por papel, etc. Con que, vamos á nuestro propósito. La baqueta del tambor nos servirá para la palabra *de*, imaginando, que estando para tocarle, dice el atambor *de*, y la caja *tan*, y allí mismo pusiera dos mujeres bellas, asentadas junto al tambor, y á sus piés les pondría dos alas; y refiriendo lo del segundo predicamento, dijera: *De tan bellas alas*. En el tercer predicamento, á la derecha, frente de el primer predi-

camento, adonde está el primer verso, pusiera una mujer de rodillas, y que ésta fuera una señora de elevada clase, puesta en traje pobre, pidiendo á un juez por un pobre condenado á un presidio, el que también estuviera allí presente con una cadena, y con esta imagen explicaría, refiriendo en mi mente la imagen y las palabras de este tercer verso, *humilde y piadosa*. En el cuarto predicamento pusiera un pedazo de alfombra ó cosa que comenzara con *al*, y me sirviera de sola esta sílaba, y á ésta le cosiera un *cielo de cama*, y dijera: *Al cielo*; y para la palabra *te ensalzas*, pusiera á un sacerdote alzando á su Majestad, y que el ayudante le llegara á dar un poco de sal, y diría: *Ten sal, alzas*; en cuya imagen se comecía la figura apentesis, y refiriendo, dijera: *Te ensalzas*.»

El segundo ejemplo que ponen esos dos versos, ó llámense dos piés de verso de arte mayor:

Pongan, Señor, el medio y el gobierno
los altos atributos de tu esencia.

«Para ponerse en la memoria (prosigue el de Nolegar) estos versos, pusiera yo sobre mi mesa, en que escribo, á la derecha, adonde tengo el tintero, una esclava ó negra con un cesto, y en él *dos gallinas echadas*, y junto á la esclava su señor, el marqués ó duque de Tal, que entrando en mi cuarto, fuera á espantar las gallinas, y que la esclava decía: *Pongan, Señor*; y al lado derecho de la esclava un *medio celemin*, que de ordinario llaman el *medio*, y á la izquierda una *cadena*, que significa la *Y*, ó un poco de *hiel*, que dijera *yel*; y por el gobierno pusiera delante, como admirado, un *gobernador*, de los muchos que conozco, y hiciera reflexión, que dijera: *Pongan, Señor, el medio y el gobierno*; y por el otro verso imaginaria así: pusiera dos ó tres *maderos*, con algunas tejas, tomando esta parte por el todo *de los altos* de una casa, que es la madera y tejado; y para atributos pusiera dos príncipes tributarios, con una imagen de la *A* en la cabeza, ó uno que fuera á cobrar tributos; y si se llamase Andrés, sería mejor, pues podía servir de imagen la *A*; y haciendo alguna memoria que de ella se ha de comer, fácil sería acordarse que trajera *Andrés* por la *A* atributos; y á los piés de este cobrador pusiera un alambique de quintas esencias, ó *destilador*, con

un vidrio lleno de agua, *quinta esencia* ya sacada, y que estuviera cuidadoso, que no se le quebrase con los piés; y junto al tal vidrio pusiera un *palillo* ó baqueta de atambor, que fuese de hierro, para más memoria de que no se quebrase; que ésta ya, como hemos dicho, podía ponerse en algún abecedario, que dijera: *De tu*; y de esta manera, cuando me fuera á escribir, me acordaría, que á la derecha tenía este verso: *Pongan, Señor, el medio y el gobierno*; y á la izquierda el otro: *Los altos atributos de tu esencia.*»

Paréceme, que algunos lectores, después de ver estos dos ejemplos del uso de el arte de la memoria, juzgarán, que más se escribieron por irrisión, que para enseñanza de dicho arte; haciendo concepto de que mucho más fácil es admirar y retener en la memoria aquellos pequeños versos por medio de la mera lectura de ellos, que fijar y conservar en ella, ó en la imaginativa, el armatoste de tantas imágenes. Y ya se viene á los ojos, que si para memorar dos pequeños renglones es menester tanto aparato de imágenes, ¿qué será menester cuando se trate de memorar una página ó una hoja?

Sea lo que fuere de esto, lo que juzgo absolutamente imposible es, que por este medio se ejecuten aquellos prodigios de memorar, que jactan ó refieren los que han escrito del arte de memoria, como que algunos repetían al pié de la letra todo un sermón luégo que le oían. Un sermón, por más corto que sea, constará de cuatro ó cinco mil dicciones. Ya hemos visto en los dos ejemplos propuestos, que por lo común, para cada dicción es menester una imagen. Añádese, que á veces es menester una imagen compuesta de distintas imágenes, como en el ejemplo inmediato, para la voz *atributos*. Esto supuesto, ocurren las siguientes reflexiones. Primera: el que predica no deja algún intervalo entre dicción y dicción, esperando á que el artista oyente discurra ó invente imagen correspondiente á cada una, luégo que la articula, y mucho menos para que después de discurrida y colocada, repita entre sí dos veces la dicción, como prescriben Velázquez y Nolegar. Segunda: aun cuando tuviera tiempo para uno y otro, resta la dificultad de que al acabarse el sermón se acuerde prontamente, por su orden, de cuatro ó cinco mil imágenes que inventó. Para esto es menester, que tenga una insigne memoria natural; y teniéndola, excusa la artificial.

Tercera: más difícil parece acordarse de las dicciones por medio de las imágenes, que recordar inmediatamente las mismas dicciones. Lo primero, pide las más veces para cada dicción acordarse de dos cosas, esto es, de la imagen y de su particular representación en aquel caso. La razón es, porque las más veces se usa de imágenes, que pueden representar varias dicciones distintas; pongo por ejemplo: la *cadena*, que sirve de imagen para significar la conjunción *Y*, en el ejemplo inmediato, puede también significar lo que suena; esto es, una cadena puede significar un esclavo, puede significar el amor, puede significar una cárcel, un preso, un cautivo, etc., y significará todas estas cosas, y muchas más, con más propiedad ó más oportuna ilusión que una *Y*. Con que, no basta acordarse, que en tal *predicamento* ó tal *categoría* se puso una *cadena*; si que es menester acordarse de que se puso para representar una *Y*, lo cual es acordarse de dos cosas; pero acordarse de la *Y*, sin intervención de imagen, es acordarse de una cosa sola.

No por eso condeno absolutamente el arte de memoria. Remítome á lo dicho en el párrafo octavo de la carta. Pero ya me parece nimia la condescendencia, que expliqué en los dos párrafos siguientes, sobre la repetición de quinientas ó mil voces. Creo, que el uso de lugares y imágenes puede ser provechoso en muchos casos, como para retener por su orden las propuestas y textos de un sermón, los varios puntos y doctrinas de una lección de oposición. Mas para las prodigiosas reminiscencias de que hemos hablado en la carta, le juzgo insuficientísimo. Y es bien que se note aquí, que, según los autores que tengo presentes, es necesaria una grande y dilatada aplicación para hacerse corriente la práctica de el arte. ¿Cómo se compone esto con lo que dice Mureto, que el joven veneciano Francisco Molino, con solos seis ó siete días de escuela, se había facilitado para repetir quinientos nombres? Marco Antonio Mureto fué un hombre de grande erudición y de floridísima elocuencia, mas no he visto testimonios que le elogien por la parte de la veracidad; y la causa criminal, que se le hizo en París el año de 1554, y que ocasionó su fuga á Italia, muestra no fué de santas costumbres